

que se pierda el ideal de la igualdad, ya que siempre entran en juego un gran número de valores, algunos de los cuales están en conflicto. Las actitudes reales son siempre compuestas y la conducta humana siempre es un compromiso moral.¹³

Por supuesto, el hecho fundamental es que las personas que se encuentran en mejores condiciones tienen intereses que proteger, y que, por consiguiente, son oportunamente sensibles en relación con cada posibilidad de valuación que cumple con el ideal de la igualdad y con cada creencia tendiente a neutralizarlo. Esto presta un apoyo emocional a la creencia en las diferencias innatas entre los ricos y los pobres. Fortalece el interés de todos los argumentos que impiden obtener inferencias prácticas del ideal de la igualdad; por ejemplo, de la teoría estática del conflicto que existe entre el aumento de la productividad y las reformas redistributivas.

Si insisto en que, no obstante, la influencia del ideal general de la igualdad no debiera olvidarse, no niego que las personas tratan principalmente de salvaguardar sus intereses a medida que los perciben y, en verdad, que tienen por lo general el éxito suficiente al modular su concepción de la realidad hasta el grado en que logran mantener una excelente conciencia al hacerlo. Pero aun concediendo todo esto, debo insistir en el hecho importante de que los impulsos generosos también son reales y que tienen su influencia, por limitada e insignificante que sea.

La conveniencia de la ignorancia

Por lo general, la forma de vida y pensamiento de las personas que están en mejores condiciones, cuando existe la dramática disparidad entre el ideal de la igualdad y la realidad social caracterizada por grandes desigualdades, se mantiene alejada del principio de la igualdad.

En primer lugar, las personas acomodadas han tratado de ignorar

¹³ Es un hecho de la mayor importancia que la conducta humana sea el resultado de una transición moral entre valores heterogéneos que operan en varios planos de generalidad y que se originan en varios grados y en diferentes ocasiones al nivel de la conciencia. Implica que la noción de "actitud" que emplean los psicólogos formulada en forma más definitiva por W. I. Thomas en el apéndice metodológico de su libro *The Polish Peasant at Home and Abroad*, es una falsa concepción de la realidad, si es que implica homogeneidad. Véase el libro del autor *An American Dilemma: the Negro Problem and Modern Democracy*; apéndice I, "A Methodological Note on Valuations and Beliefs", pp. 1027 y sigs.

la pobreza y miseria de las gentes pobres, así como las condiciones de vida de las clases más bajas en sus propias comunidades dentro del país. La ignorancia rara vez es fortuita; por el contrario, es altamente oportunista.¹⁴ En todos los países han existido sistemas completos de barreras psicológicas e ideológicas que impiden que las clases acomodadas tengan conocimiento de los hechos sociales embarazosos.

Sin embargo, en todas las partes en que se ha logrado la democracia política, ésta ha demolido gradualmente las barreras del conocimiento y ha sido invariablemente una fase importante en los esfuerzos por lograr las reformas sociales. El conocimiento de las condiciones embarazosas es una consecuencia de la mayor articulación y organización de las propias clases pobres, que se han transformado en grupos que se defienden y luchan por su causa al amparo de la democracia.

En la misma forma, la crasa ignorancia de la pobreza del mundo subdesarrollado era oportuna y conveniente para los pueblos de los países ricos. Valdría la pena estudiar con algún detalle la forma en que lograron darse cuenta de la miseria de muchos millones de seres humanos en algunas partes de Asia, sin que esto haya pasado a formar parte de su concepción de la realidad.

Protegidos por la espesa cortina de la oportuna ignorancia debe reconocerse que las actitudes reales de verdadera simpatía —que forman la base emocional o moral del ideal de la desigualdad como una fuerza ideológica de la sociedad—, están perdiendo intensidad a medida que aumenta la distancia. Y el grado de intensidad se reduce prácticamente a la nada en relación con las personas que viven fuera de las fronteras nacionales, y en particular con respecto a las personas de otras razas, religiones y culturas, que viven muy lejos.

La orientación de los países ricos hacia la integración y la realización de una mayor igualdad de oportunidades ha sido estrechamente nacionalista durante las décadas recientes. Alfred Marshall, para citar nuevamente a este gran maestro ecléctico de nuestra ciencia, cuya mente fue siempre sensible a las cuestiones de conciencia, en la introducción a *Industry and Trade*, publicado precisamente después de la primera Guerra Mundial,¹⁵ señala concretamente que:

¹⁴ *An American Dilemma*, pp. 40, 1029 y sig.

¹⁵ Macmillan, Londres, 1919, pp. 4 y sig.

... la noción del comercio nacional se ha ligado con la noción de solidaridad entre los diversos miembros de una nación...

Ciertamente, nos estamos aproximando con rapidez a condiciones que no tienen un estrecho precedente en el pasado, pero que quizá son realmente más naturales que aquellas a las que están suplantando: las condiciones bajo las cuales las relaciones entre los diversos estratos industriales de una nación civilizada han estado basadas sobre la razón más bien que sobre la tradición...

... se hace cada vez más claro que ésta (Gran Bretaña), y cualquier otro país occidental, pueden realizar mayores sacrificios de riqueza nacional con el propósito de elevar el nivel de vida de toda su población. Ha de venir el tiempo en que estos asuntos se traten como una obligación cosmopolita y no como una obligación nacional: pero ese tiempo no está a la vista. Para los propósitos prácticos de la presente y de la venidera generación, cada país debe disponer principalmente de sus propios recursos, y hacer frente a sus propias obligaciones.

Si los problemas de las desigualdades internacionales no pueden tratarse más en esta forma complaciente en los países ricos, esto no se debe a que las personas sean ahora más compasivas que Marshall y sus contemporáneos. En realidad, se ha dado a conocer a las personas de los países ricos la miseria existente en las naciones más alejadas, y se les ha presentado como una amenaza para su propia seguridad.

Una nueva fase en la lucha por la igualdad

En el capítulo I subrayé que el conocimiento de las verdaderas condiciones económicas del mundo subdesarrollado, que confía actualmente en las personas de los países ricos, ha venido a ser una revelación embarazosa. En primer lugar y como elemento más importante, las revueltas originadas en los mismos países subdesarrollados han sido la fuerza activa para demoler las barreras de ignorancia oportunista de nuestras mentes.

La independencia política recientemente lograda en la mayoría de estos países, y la posibilidad que tienen sus gobiernos para acudir a los diversos organismos internacionales con el propósito de que se difunda el conocimiento de los hechos lamentables, ofrece un sustituto para la democracia mundial inexistente. Creo que la función más importante de los organismos internacionales en la presente fase de la historia mundial es proveer el foro en donde los países no privilegiados pueden unirse para expresar su insatisfacción.

En tanto que las personas del mundo subdesarrollado estuvieron sojuzgadas y calladas, las injusticias cometidas pudieron mantenerse alejadas del conocimiento de las personas de los países más ricos mediante una pared aislante de ignorancia oportunista. Con el gran despertar se ha iniciado actualmente una nueva fase en la vieja lucha por una mayor igualdad; una fase en que, finalmente, la lucha comprende a todo el mundo.

Ya he hecho notar que, desde cierto punto de vista, el gran despertar no es otra cosa que la difusión victoriosa del ideal heredado de la igualdad de oportunidades de los países ricos y los países subdesarrollados. Estos países han estado sembrando por sí mismos la semilla de la revolución mundial, y la fuerza de la unidad y la cultura es tan fuerte que no tendrían ningún éxito si trataran de evitar su difusión.

Las naciones no son lo suficientemente avezadas para ser verdaderamente cínicas: aun en los casos en que sus políticas son burdamente oportunistas, las racionalizan en términos del ideal, y lo hacen de buena fe. De hecho, los esfuerzos para hacer respetables los intereses ocultos, vistiéndolos para que aparezcan como un ideal —lo que siempre implica deformar en cierta medida las creencias acerca de la realidad (ésta es el tipo de irracionalismo que nosotros llamamos racionalización) son en sí mismos un reconocimiento de la fuerza que tiene el ideal como fuerza social.

En el marco de la civilización occidental, los países pobres, una vez que han tenido éxito para romper las barreras de la ignorancia oportunista, tendrán su apoyo, como lo tuvieron en los primeros tiempos las regiones más pobres y las clases bajas, en el ideal igualitario que tiene una base emocional y moral en los sentimientos de las personas acerca de lo que es justo e injusto. Que el apoyo se presente lo más pronto posible y que sea tan poderoso que la revolución se pueda canalizar dentro de un proceso de cambio gradual y pacífico —por analogía con lo que aconteció en los países ricos— es una cuestión trascendental a la que sólo el futuro puede responder.

Igualación ascendente

Semejante progreso hacia el "mundo de bienestar", en donde se realice en escala mundial el principio de la igualdad de oportuni-

dades entre las naciones, los grupos raciales y religiosos así como entre los individuos —como su paralelo anterior hacia el ideal nacional del “estado de bienestar” dentro de los países ricos—, se transformará en una proposición conveniente aun para aquellos que estaban inicialmente en mejores condiciones. Como en las naciones, este proceso será en todo el mundo una condición previa general para elevar los niveles de producción, y no sólo para promover la justicia social.

Lo que se necesita no es principalmente la redistribución de la riqueza y del ingreso. En verdad, la ayuda sólo puede ser una parte muy pequeña de un programa racional de igualación internacional, como lo es en uno nacional. Ninguno de los esquemas propuestos para ayudar económicamente al desarrollo de los países subdesarrollados ha representado más de una fracción muy pequeña del incremento anual de ingreso nacional por habitante de los países ricos, lo que supone que no ha significado un verdadero sacrificio para ellos. Y nadie que haya estado de parte de estos sistemas de ayuda ha creído que serían productivas como una inversión de los países ricos. La total igualación del ingreso mediante la redistribución entre las naciones es completamente imposible, y me inclino a creer que se trata de un objetivo sin importancia.

De mucha mayor importancia para lograr mayores oportunidades de igualdad son las reformas encaminadas a mejorar las condiciones en que se celebran o dejan de celebrar los convenios entre los poderosos países ricos y los pobres.¹⁶ Las reformas a las que me refiero se relacionan con el mercado de sus productos de exportación, con el mercado en que compran sus importaciones y con la organización del mercado de capitales.

Los organismos internacionales han tenido o tienen en su agenda un gran número de propósitos para la acción concertada en estos campos, que pueden ser mucho mejores para los países subdesarrollados que los sistemas más generosos, en tanto que no suponen un costo apreciable para los países ricos; en la mayoría de los casos las políticas de ese tipo favorecerían también los intereses a largo plazo de los países desarrollados. Como lo indiqué en el capítulo v, los adelantos en este sentido han sido excesivamente lentos y parece que se han detenido por completo actualmente. En el capítulo vi

¹⁶ Véase “Aid and Trade”, *The American Scholar*, primavera de 1957.

me referí a algunas de las explicaciones del proceso político acumulativo que está llevando a los países ricos a tomar una actitud cada vez más negativa en este campo.

Pero no estoy desanimado. En cualquier caso, no podemos caer en el fatalismo. Las actitudes pueden cambiar, y como éstas se basan en las creencias de las gentes, la sola difusión de los conocimientos tiene importancia. No se excluye que el conocimiento de los peligros inherentes de su actitud *non-possimus* pueda difundirse entre los dirigentes intelectuales de los países más ricos y entre todas las personas que los habitan.

La búsqueda de los hechos en las ciencias sociales

He señalado la importancia que tiene este proceso político de difusión de los conocimientos embarazosos y sería natural preguntarse cuál es el papel que están desempeñando los expertos de las ciencias sociales en este aspecto.

Podría esperarse que los científicos sociales hayan representado una fuerza poderosa para rectificar las creencias populares falsas y oportunistas. La doctrina heredada de la igualdad, enraizada en todas las teorías económicas y sociales modernas, debe haber conducido a los científicos de las ciencias sociales de las generaciones subsiguientes a poner al descubierto las desigualdades económicas existentes y a explicar su origen. La esperanza de que fuera así sería completamente natural, ya que sabemos que quizá la mayoría de los científicos de las ciencias sociales, aun en nuestros días, han orientado sus estudios por su interés en las reformas sociales.¹⁷

Podría esperarse también que los especialistas de las ciencias sociales hubiesen permanecido al margen de la ignorancia oportunista, cuando menos en el campo en el que se estaban especializando. Aunque estuvieran influidos desfavorablemente por los prejuicios de la comunidad, —lo que Marshall llamó estrecho campo de visión—,

¹⁷ Véanse mis primeras citas de Marshall, que supongo que caracterizan las orientaciones morales de los economistas dentro de la gran tradición. En la Biblioteca Marshall, en Cambridge, hay una pequeña pintura que representa a un joven pobremente vestido, conmovedor y simpático. Se dice que Marshall guardó este cuadro cerca de su escritorio para recordarse constantemente a sí mismo que todo el trabajo que pudiera realizarse en el campo de la economía debía tener como último objetivo la mejora de las condiciones de las clases pobres.

sería difícil descubrir cómo podrían emprender una investigación desinteresada tanto en esa época como en la actualidad.

Y aun si iniciaron el estudio bajo la influencia de desviaciones oportunistas, es evidente que su análisis estaba sujeto a cierta disciplina de los hechos y de la lógica. Así pues, el psicólogo experimental que trataba de medir la inteligencia desde hace un siglo compararía realmente con sus contemporáneos la creencia reaccionaria en las diferencias innatas entre los diferentes grupos de personas. Supusieron la existencia de marcadas diferencias en la inteligencia media entre los ricos y los pobres, los blancos y los negros, y entre los hombres y las mujeres. Uno de los triunfos más grandes de la ciencia consistió en que mientras más se preocuparon por medir esas diferencias y mientras más perfeccionaron sus métodos para lograrlo, encontraron menos diferencias.

En la Biblia se destaca un pensamiento profundo que dice: "buscad y hallaréis". No obstante, bajo la disciplina del verdadero *ethos* científico, los psicólogos no encontraron lo que buscaban ni fueron capaces de llegar a las conclusiones deseadas. Llegaron a conclusiones contrarias a sus hipótesis y éstas tuvieron que cambiar. La investigación científica condujo a la negación del supuesto de las diferencias innatas entre los diferentes grupos de seres humanos; a un resultado contrario a aquella creencia reaccionaria que había contrarrestado el ideal de la igualdad.

Indudablemente, a través de las décadas, el continuo desarrollo, análisis y organización de los datos tuvo una influencia poderosa en el proceso que condujo al desplome de las barreras oportunistas que impedirían el conocimiento de los hechos embarazosos, y ha sido desde entonces una fuerza importante para introducir el elemento racional en la concepción del mundo. Una y otra vez en todos los países, los científicos sociales se han propuesto mantener en alto algún concepto determinado; pero algunas veces puede registrarse una mutación permanente en todo lo que hasta entonces era una cómoda ignorancia general.

No obstante, los expertos de las ciencias sociales, aun como "pescadores" de hechos, tratan generalmente de resucitar los acontecimientos políticos en vez de adelantarse a ellos. Los intensos esfuerzos actuales para estudiar los problemas de los países subdesarrollados no precedieron al interés público sobre esos problemas, y menos aún lo precedió la investigación. Por el contrario, la nueva orienta-

ción de la investigación se motivó e inspiró por la presión ejercida por los hechos que le dieron importancia política.

Sin embargo, cuando en una u otra forma el elemento de desigualdad se coloca a debate, la investigación de las ciencias sociales marcha hacia adelante y hace una especie de trabajo final: continúa rompiendo y haciendo a un lado los restos de las barreras oportunistas que impiden el conocimiento de los hechos embarazosos. Ello explica por qué se está difundiendo actualmente cada vez más el conocimiento de la pobreza y miseria de los países subdesarrollados. Y la doctrina heredada de la igualdad continuará prestando fuerza y energía a este proceso.

El tradicionalismo de la teoría

Si bien dentro de las ciencias sociales la investigación que trata de obtener hechos, una vez que ha partido en forma independiente, rara vez abre nuevos horizontes, aunque tiende entonces a reforzar cada vez más el conocimiento de los hechos embarazosos en virtud de su conflicto con los ideales establecidos, me temo que no puede afirmarse lo mismo en relación con las vastas estructuras de conceptos y generalizaciones a las que llamamos teorías.

Éstas muestran generalmente una tendencia mucho más conservadora y tradicional. No sólo fracasan al señalar caminos que abran nuevos horizontes, sino que inclusive tienden a impedirnos la observación de esos horizontes que están abiertos por otras fuerzas sociales, incluyendo la pesquisa de hechos. En verdad, este tradicionalismo de la teoría explica por qué la investigación encaminada a dicha pesquisa no demuestra más osadía y originalidad; por qué está orientada generalmente a resucitar los acontecimientos políticos y por qué rara vez se anticipa a ellos.

En general, estoy impresionado por la fuerza de la tradición en la mayoría de las especulaciones teóricas, y particularmente dentro del campo económico. Aun cuando no tengamos conciencia de nuestro cautiverio, siempre nos encontraremos, en mayor o menor grado, bajo la influencia de ciertas ideas muy generales, o de patrones de pensamiento que nos han sido legados desde hace tiempo. En una u otra época, éstas maduraron en doctrinas definidas; pero aun ahora, cuando muchas de ellas ya no tienen aceptación y han sido refutadas a menudo, prevalecen todavía en la forma de predilecciones vagas

y ejercen considerable influencia en nuestra forma de pensar. Hasta el estudiante que abre nuevos caminos dentro de la teoría económica sólo puede ser original en un aspecto particular del pensamiento: en aquél en que ejerce un genio excepcional y tiene éxito para demoler las ideas tradicionales, en tanto que en otros aspectos sigue siendo un tradicionalista.¹⁸

Nuestros instrumentos de análisis han sido moldeados dentro de la tradición de esas doctrinas y predilecciones y los hemos adaptado a nuestro trabajo para que se acerquen a los problemas: una forma particular de observar las cosas. Ello determina ampliamente cuáles son los problemas que planteamos y la forma en que los resolvemos. Al hacerlo así, se inhibe nuestra imaginación y, como lo he afirmado recientemente, esta frustración de originalidad, a su vez, afecta la investigación orientada a la pesquisa de hechos.

No obstante, las predilecciones que nos han sido legadas y que dominan la teoría económica son lo suficientemente vagas y abstractas para permitir un gran despliegue de penetración y sabiduría y para introducir cierta dosis de inventiva y controversia. Dentro de esta tradición nos hemos deleitado particularmente en ejercicios mentales como los "puramente científicos", en el sentido de que no tienen gran importancia inmediata y práctica.

Todas estas predilecciones están impregnadas hasta cierto grado de valor: muchas de ellas, como veremos, sirven a necesidades apremiantes de racionalización y ello aumenta su influencia sobre nuestro poder intelectual, y tiende —a menos que trabajemos con premisas

¹⁸ Permítaseme hacer una contribución en este aspecto al creciente tesoro de la teoría keynesiana.

Muy poco antes de la publicación de su *Teoría general*, Keynes nos visitó en Estocolmo y habló en una reunión del Club de Economistas, que había sido fundado por Knut Wicksell cuando, hacia el fin de la primera Guerra Mundial, se trasladó a Estocolmo como profesor *emeritus*; en la fecha de la visita de Keynes, Wicksell había muerto aproximadamente diez años antes.

No es sorprendente que Keynes hubiera escogido como tema de su charla el de las "Herejías de la economía". Después de ella, cada uno de los jóvenes miembros de nuestro club acusó a Keynes de ser demasiado clásico en diversos aspectos. Hasta ahora ignoro si existió una conspiración plancada contra la tesis de Keynes, cuando adoptó su posición favorita de hereje, o si fue algo no premeditado.

Keynes hizo frente a los jóvenes críticos con notoria alegría, lo que suponía que la crítica dirigida en contra de él, por ser demasiado clásico, aunque exagerada, era una idea divertida y particularmente brillante; pero lentamente demostró una irritación fácil de entender, a medida que la discusión lo colocó sistemáticamente a la defensiva ante el grupo de jóvenes que le habían arrebataado su posición.

explícitas de valor — a protegerlo de nuestro cercano conocimiento y crítica atención.

El "realismo de lo conservador"

En el siguiente capítulo intento presentar un análisis condensado de esas predilecciones que determinan en forma generalmente incontrolada el clima mental en que trabajamos. Mi interés principal estará enfocado sobre las interrelaciones lógicas y sus relaciones con las bases filosóficas, históricamente dadas, de la teoría económica.

El punto que deseo subrayar aquí, antes de cerrar este capítulo, es el siguiente: en la medida en que nuestro razonamiento acerca de las cuestiones económicas caiga bajo la influencia de estas viejas y poderosas predilecciones, nuestra atención se alejará naturalmente del principio de la igualdad. Tenderá a orientar nuestras conclusiones prácticas y políticas hacia la idea de que todo debe encaminarse a la satisfacción de todo, si se dejan a su libre juego las fuerzas del mercado —lo que, por supuesto, también implica que es posible olvidarse del postulado de la igualdad.

Políticamente, esas doctrinas y predilecciones representan entonces una orientación conservadora, particularmente con respecto al problema de la distribución del ingreso y la riqueza. Muchos escritores radicales insistieron en estudiar la realidad social desde el punto de vista del ideal de la igualdad. Pero la orientación principal del desarrollo de la teoría económica fue determinada por los escritores que estaban dispuestos a volver la espalda a ese postulado.

Existe una explicación para que fuera así. En tanto que el pensamiento económico tuvo una base metafísica y una intención teleológica —como sucedió definitivamente entre los economistas clásicos, y todavía ocurre en gran medida entre los economistas contemporáneos— fue gobernado por un principio arbitrario, aunque efectivo, de selección histórica, al que me he referido como el principio que estaba fundado en el "realismo de lo conservador".¹⁹

Los escritores conservadores, conducidos en su análisis por la concepción de una sociedad ideal más semejante a la que tenemos a la vista, pudieron ofrecer frecuentemente una mejor explicación de la realidad social en términos causales. Esta superioridad teórica del

¹⁹ *The Political Element in the Development of Economic Theory*, pp. 31 et passim.

pensamiento conservador es, por supuesto, completamente fortuita. No implica que las valuaciones políticas conservadoras sean "ciertas" o aun "más ciertas" que las más radicales.²⁰

En igual forma, como lo ilustraré en el capítulo siguiente, la forma básica ilógica del razonamiento normativo y teleológico —en camino a objetivizar valuaciones, lo cual no puede hacerse— representa una fuerza persistentemente impetuosa para los filósofos y los teóricos que buscan refugio en la aparente simplicidad de una y otra versión del *laissez-faire*. Esas doctrinas, de aceptarse, darían lugar a un conjunto de torpes preguntas.

Se trataría de explicaciones del tipo conservador de la teoría económica, en términos de la lógica. Para observar la cuestión desde un punto de vista diferente, desde el punto de vista de la sociología del conocimiento, salta a la vista inmediatamente que toda la especulación económica se cultivó por largo tiempo, casi en forma exclusiva en el ambiente social del país más próspero de entonces: Gran Bretaña. A partir de entonces, y hasta fecha reciente, la especulación se desarrolló ulteriormente por los teóricos, y éstos, casi sin excepción, eran nativos de los pocos países que estaban progresando económicamente en forma rápida mediante la expansión de su comercio y de grandes movimientos de capital y trabajo. Y dentro de esos países, toda la cultura superior, incluyendo el despertar de la ciencia económica, se concentró en los centros de expansión económica.

Esos hechos han tenido una notoria importancia para seleccionar los puntos de vista, y por lo tanto para determinar los enfoques de la teoría económica. Lo que trato de sugerir es que la teoría económica, en la forma en que se desarrolló, fue en cierta medida una racionalización de los intereses y aspiraciones del medio ambiente en que se desenvolvió.

A la luz de todo lo anterior es fácil comprender las tendencias escapistas de la teoría económica en todo lo que concierne al postulado de la igualdad. Pero aún sería menos sorprendente que, en particular, los problemas peculiares de los países subdesarrollados

²⁰ La forma de liberar nuestro pensamiento de estas y de otras influencias irracionales de la esfera política consiste en trabajar con premisas explícitas de valor. En este caso, las conclusiones conservadoras, así como cualquier otro tipo de conclusiones, no emergerán de la teoría pura, sino del hecho de que la realidad se estudia desde ciertos puntos de vista, que están definidos independientemente de la teoría.

tendieran a marchitarse en la niebla —sólo hace unos cuantos años que fueron conocidos por el mundo a través de las revueltas políticas y espirituales de las personas que los habitan. En verdad, todo esto es inexplicable, una vez que se coloca uno fuera de la tendencia principal de la especulación económica y se observa su desarrollo como una parte de la historia social que necesita explicarse en términos de causas y efectos, como todos los otros hechos ocurridos.

El verdadero misterio que soy incapaz de resolver dentro de este contexto, pero que tiene que tomarse como dado independientemente, es el hecho opuesto de la presencia siempre clara y del poder relativo de la doctrina de la igualdad. ¿De dónde procede este elevado ideal? ¿Cómo ha podido mantenerse continuamente como base de la teoría económica y de toda nuestra cultura?

Desde cierto punto de vista, la persistente inclinación de la teoría económica a tomar precauciones especiales para no sacar inferencias prácticas de política de la doctrina de la igualdad, y todo el sistema teórico supuesto elaborado para mantener alejada la tesis de la igualdad en un compartimento abstracto, es una especie de reconocimiento previo de la soberanía de este ideal. En cierto sentido, toda la estructura de la teoría económica ha estado determinada por la necesidad de protegerse del ideal revolucionario que ha vivido en su misma base.